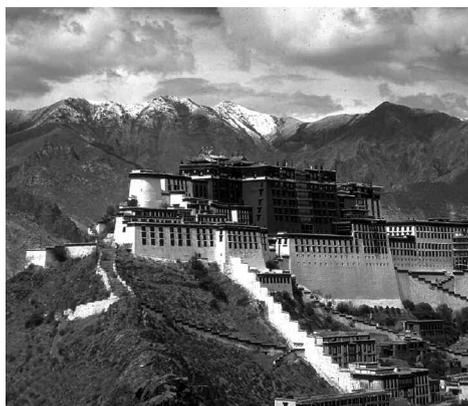


Mi viaje al Tíbet

Sergio Mondragón



Ha sido un privilegio para Ediciones Eón haber tenido la oportunidad de publicar este espléndido libro de Luz Fernández de Alba, *Mi viaje al Tíbet*, en su colección Anima Mundi, la cual acoge textos relacionados con el tema de la espiritualidad en sus diversas dimensiones, vinculadas éstas con los sentimientos religioso y estético, con la renovación del misticismo, la meditación, la realidad de lo intangible, y la contemplación y exploración de la naturaleza —la interior, humana, y la de afuera, la del prado. Temas que hoy interesan e involucran —a pesar de la ferocidad y la barbarie del tiempo en que vivimos— a millones de seres humanos en el mundo.

Mi viaje al Tíbet es la crónica de un esfuerzo físico y mental para llegar en camionetas todoterreno y caminando, hasta las cumbres que rodean el monte Everest (Chomolungma, en tibetano, que significa “Diosa madre del Universo”), a una altura equivalente a cientos de metros por arriba del borde del volcán Popocatepetl, contemplando paisajes vertiginosos y descubriendo colores inéditos, cielos nocturnos que permiten ver bosques de constelaciones y racimos de estrellas que refulgen en todo su esplendor, según puede leerse

aquí, vistas que cambian de un momento a otro por la movilidad de las nubes que aparecen y desaparecen y se amontonan lo mismo sobre la cordillera de los Himalayas que por debajo del espectador, entre desfiladeros, lagos y corrientes que se precipitan hacia los valles y tierras bajas del Tíbet y de Nepal.

Mi viaje al Tíbet es así el relato de la experiencia del peregrinaje a los lugares llamados de poder del Tíbet, monasterios, cuevas y puntos de oráculo y observación considerados sagrados desde hace siglos por la tradición, difícil viaje de prácticas de un grupo de mexicanos estudiosos de la filosofía budista, que involucró para su realización el afinamiento en ellos de la disciplina y la eficiencia en el vivir aquí y ahora, en la práctica de la atención, la economía de movimientos, la concentración sostenida en los ascensos y el acoplamiento de los pasos con el ritmo de la respiración y con la repetición del mantram: *om-mani-padme-hum*. Relata la autora, cuando va camino a la cumbre del pico del Lhamo Latso, que es el punto de observación del Lago de las Visiones, al que los Dalai Lamas han consultado desde siempre acerca de los asuntos de la vida espiri-

tual o intangible del Tíbet, a 5,800 metros de altura, 500 por encima del campamento base del Everest:

El sol brilla en todo lo alto y el blanco de la nieve reverbera intensamente. Siento el calor de mi cuerpo pero no pienso en sacarme la mochila para quitarme el rompevientos. Sigo caminando en la forma que descubrí ayer: *Om*, pie derecho; *mani*, izquierdo; *padme*, derecho; *hum*, izquierdo; y así sin parar, sin pensar, rítmicamente, constantemente, sin prisa pero sin interrupción. Después de cuatro horas de caminata continua y de no haber dejado de mover un pie después del otro, llego a la cumbre de la montaña que ve al Lhamo Latso. Están ya allí muchos de mis compañeros sentados descansando. Otros van llegando con la respiración entrecortada. Yo sigo en un estado alterado de conciencia, según me entero por mi Lama muchos días después, pero ese día estoy ahí, en la cumbre, sin entender cómo he llegado... me siento sobre una piedra nevada sin hablar con nadie... Allá abajo, en una hondonada miles de metros abajo y bastante más al norte de donde nos encontramos, se ve el Lhamo Latso, el Lago de las Visiones.



Pero no sólo existieron las dificultades de las subidas y bajadas de aquellas cumbres a pie. También estuvieron presentes las pesadas jornadas de ocho, doce y hasta dieciocho horas continuas en las camionetas todoterreno que los llevaron de un campamento a otro, de una población a otra por los polvorientos y angostos, muchas veces lodosos y peligrosos caminos de terracería que atraviesan como *nadis* o meridianos de energía el territorio tibetano.

El libro de Luz Fernández de Alba es un fascinante relato lineal, como corresponde al género narrativo de que se trata:

Decido ir al Tíbet, me preparo, emprendo el vuelo una mañana de mayo de 2002, aterrizo en Katmandú, Nepal, país de vegetación de bosque húmedo tropical; allí visito las ciudades de Patán y Bhaktapur, saturadas de cultura budista, paso al Tíbet, lugar de lagos y cielos azules, de blancos indescriptibles de la nieve y las nubes, y de todas las tonalidades imaginables del verde de la

hierba; llego a la capital, Lhasa, y luego a otras poblaciones donde puedo meditar y convivir con monjes, logro alcanzar sitios considerados de poder telúrico y espiritual, de magia y religiosidad, de vértigo y espectacularidad, siempre bordeando los alrededores del Monte Everest, que parece que puede tocarse al estirar la mano, y cuya cumbre se halla tres mil metros más arriba del sitio al que hemos llegado. Así se cumple mi viaje y regreso a México, donde apremiada por mi amigo Sergio Pitol, empiezo a escribir este libro.

En esta objetividad temporal y sintáctica el lector participa del recorrido ante un largo mural de animada pintura realista de todos aquellos lugares y sus habitantes, en la que podemos apreciar costumbres, vestimenta, arquitectura, alimentación, arte, historia, etiqueta, climas, rostros, modos de pensar y actuar. Entreverados en ese esfuerzo verbal de trazos eficaces e impecables, se encuentran asimismo dibujados los estados de ánimo de la autora —siem-

pre pacíficos y tranquilizadores—, y la interacción con sus compañeros de viaje. Y todo ello escrito con evidente oficio literario, en una prosa rítmica y directa, en un bien logrado tono conversacional que deja translucir un entusiasmo contenido y maduro, un gozo que es fruto sin duda de la rica experiencia interior vivida por la autora en ese viaje, experiencia a la que aluden tanto Sergio Pitol como Marco Antonio Karam en los textos que escribieron para acompañar a este libro, reseña de un viaje que dio inicio realmente en el Valle de México y los bordes que lo circundan, con una cuidadosa preparación física y mental que incluyó prácticas de meditación y ascensos al Ajusco, a la Malinche y al cráter del Nevado de Toluca en dos ocasiones. Se trataba de ver el funcionamiento corporal de los cincuenta futuros viajeros al Tíbet haciendo esfuerzo físico a una altura de más de tres mil metros. Además, la autora entrenó por su cuenta nadando y haciendo caminatas diariamente durante los dos meses

anteriores al viaje, que duraría treinta y cinco días.

“Una permanente insatisfacción”, escribe, con la vida que había llevado hasta entonces, la había conducido a iniciarse en la práctica de las enseñanzas del budismo, después de haber intentado encontrar salidas a su incomodidad existencial con el psicoanálisis, los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola, innumerables mudanzas de casa, la lectura de libros y de los remanentes de las tazas de café, y hasta con el zambullirse en una fuerte depresión.

Diversas reflexiones se suceden sobre variados temas a lo largo del libro: En monasterios y templos de Tíbet y Nepal, Luz Fernández de Alba hace notar la diferencia que observa entre éstos y los templos cristianos. En aquéllos se tiene al Buda como ejemplo de conducta y como inspiración para el diario vivir. Allí no se va a pedir ninguna gracia, ningún perdón, ya que, de acuerdo con el pensamiento budista, no existe nada semejante a la noción occidental judeo-cristiana de pecado y castigo, sino de acto y consecuencia, que es algo completamente diferente. Allí se va a honrar al Buda y a expresarle gratitud y reconocimiento por el esfuerzo que realizó para alcanzar su propia liberación o iluminación, y por las enseñanzas que dejó: principios, como el ya citado de acto y consecuencia, que inducen a los seres humanos a volverse responsables de sus acciones; como el de interdependencia, un hecho natural que conecta todas las cosas y todos los seres creados, y que ayuda a la gente, una vez que ha comprendido este principio, a no sentirse sola nunca más y a solidarizarse con los demás y con el mundo natural de plantas y animales; además de valores y prácticas como el cultivo de la atención, la concentración, la compasión, la energía, el entusiasmo perseverante, la conciencia de la impermanencia y el perpetuo cambio a que está sujeto todo lo existente. Y todo lo anterior, apenas esbozado, intercalado entre los pormenores de la travesía, misma que el lector disfruta mientras sigue la lectura de “Mi viaje al Tíbet” sin que sienta en ningún momento algún ánimo proselitista por parte de la autora.

Ante la vista del Lago de las Visiones, lugar por excelencia sagrado para los tibetanos, establece un paralelismo entre éste y el de Tenochtitlán, también lugar visionario y de fundación de una dinastía y una nación, cuyo oráculo desató consecuencias que están en movimiento todavía hoy e involucran a todos los mexicanos; los mercados de aquellos pueblos que visitó, la animación de ciertos barrios, las artesanías, la pobreza y desaseo de algunos sitios, varios rasgos corporales y fisonómicos de la gente le recuerdan tipos humanos y diversos aspectos de la vida de México. Los trece escalones que conducen a la torre del Buda en Katmandú y que, dice, representan “los estados de acceso al conocimiento supremo o nirvana”, hacen evocar los trece escalones de cada una de las cuatro entradas al templo de Quetzalcóatl en Teotihuacán, lo que apunta a una coincidencia en el diseño arquitectónico y en el uso del lenguaje simbólico de la metafísica tradicional de Oriente y el pensamiento filosófico prehispánico.

Y sobre la situación política del Tíbet, luego de asentar que ese país ha sido ilegalmente ocupado por la República Popular China, subraya el hecho de que esas dos culturas no podían ser más excluyentes entre sí:

Son dos ideologías muy distintas, dos maneras de ver el mundo completamente opuestas: obtener el desarrollo espiritual a través de la contemplación y la meditación, o lograr el desarrollo material a través del trabajo mecánico y embrutecedor. El choque cultural chino-tibetano no podía haber sido más violento. Quizá, sólo comparable en alguna medida al drama de la conquista española en México hace quinientos años.

Las anteriores consideraciones indujeron a este lector a plantearse si detrás del avasallador desarrollo material y científico moderno de China ha dejado de alentar el trasfondo espiritual de las filosofías del Tao, de Confucio, de Lao Tsé y de las propias variantes chinas del budismo. ¿O son éstas las que lo explican? Esto sería en todo caso más un paralelismo con la cultura tibetana que una divergencia de pensamiento. ¿No tratan la filosofía de Con-

fucio y los hexagramas del *I-Ching* de conciliar las energías del Hijo del Cielo con las de la Tierra y los que la habitan?

El libro de Luz Fernández es una invitación a reflexionar sobre asuntos trascendentales del mundo y de uno mismo, y también a adentrarse en el placer de la lectura. Terminé leyendo algunas líneas de un poema de Milarepa, el poeta-cantor del Tíbet que pasó su vida en aquellas alturas nevadas en el siglo XI, y una de cuyas cuevas que le sirvió de habitación fue visitada por la autora del libro:

Aunque en el pico nevado la tormenta
[sea recia, nada temo;
aunque el precipicio sea escarpado y
[peligroso, no temo.
Yo, a quien ves, el hombre con un
[nombre, hijo del Águila de Oro,
eché alas y emplumé en un huevo.
De niño dormí en mi cuna,
de joven cuidé la puerta,
de hombre vuelo al cielo.
Aunque el cielo es enorme y alto, no
[temo;
aunque el camino es pendiente y
[angosto, no temo.
La fe creció en el vientre de mi madre.
De bebé entré por la puerta del Dharma,
de joven estudié las enseñanzas del
[Buda,
de hombre vivo solo en cuevas...
Aunque se multipliquen demonios,
[fantasmas y diablos, no temo.
Yo, Milarepa, no temo ni a los demo-
[nios ni al mal:
si ellos asustaran a Milarepa, ¿de qué
utilidad sería su realización y esclareci-
[miento?
Ea, fantasmas y demonios, enemigos
[del Dharma,
les doy la bienvenida. Es un placer
[recibirlos.
Les ruego que se queden, que no ten-
[gan prisa en irse.
Discurriremos y jugaremos juntos,
y veremos quién juega mejor.
Antes de venir juraron afligirme.
Vergüenza y desgracia padecerán
si regresan con el voto incumplido. **U**

Luz Fernández de Alba, *Mi viaje al Tíbet*, Casa Tíbet México / Ediciones Eón, México, 2009, 160 pp.